IV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo A

La pobreza de espíritu, o humildad, es el camino que nos conduce a la felicidad del reino de Dios: "bienventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos"

«Al ver Jesús a las multitudes, subió al monte; se sentó y se le acercaron sus discípulos; y abriendo su boca les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el Cielo: de la misma manera persiguieron a los profetas que os precedieron» (Mateo 5,1-12).

1. "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos"... Jesús proclama el modo de ser dichoso, feliz: *«Las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad; expresan la vocación de los fieles asociados a la gloria de su Pasión y de su Resurrección; iluminan las acciones y las actitudes características de la vida cristiana; son promesas paradójicas que sostienen la esperanza en las tribulaciones; anuncian a los discípulos las bendiciones y las recompensas ya incoadas; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de todos los santos»* (*Catecismo* 1717).

Lo que se declara bienaventurado son las personas y no las situaciones (que son malas). Ante el desánimo de toparse con el dolor, los ojos ven la cruz y al Señor, y llenos de confianza toman esa situación y la llevan con garbo, sin mandarlo todo a paseo y sin "quemarse", llenos de esperanza. Hay ahí encerrado un misterio: la "obertura" del sermón de la montaña es una proclamación, una promesa, una llamada cordial a la felicidad que viene de Dios. Las bienaventuranzas son como un retrato del verdadero pueblo de Dios. Los pobres, entre los que podemos incluir a los que lloran, y a los humildes, son esta categoría de personas desvalidas, conscientes de que solos no pueden salir de su situación y que no quieren salir de ella a base del poder y la fuerza. Son aquellos que tienen a Dios por rey, según la expresión de las otras lecturas de hoy. Practicar la justicia es

hacer la voluntad de Dios, que a menudo se contrapone a los deseos humanos, lo que provoca la persecución para los que quieren ser justos.

Bienaventurados los pobres en el espíritu… Nadie que se infla es pobre de espíritu; luego el humilde es el pobre de espíritu. El reino de los cielos está arriba, pero quien se humilla será ensalzado (Lc 14,11).

Los mansos poseerán la tierra, y dice S. Agustín: "Ya estás pensando en poseer la tierra. ¡Cuidado, no seas poseído por ella! La poseerás si eres manso; de lo contrario, serás poseído. Al escuchar el premio que se te propone: el poseer la tierra, no abras el saco de la avaricia, que te impulsa a poseerla ya ahora tú solo, excluido cualquier vecino. No te engañe el pensamiento. Poseerás verdaderamente la tierra cuando te adhieras a quien hizo el cielo y la tierra. En esto consiste el ser manso: en no poner resistencia a Dios, de manera que en lo bueno que haces sea él quien te agrade, no tú mismo; y en lo malo que sufras no te desagrade él, sino tú a ti mismo. No es poco agradarle a él, desagradándote a ti mismo, pues agradándote a ti le desagradarías a él".

Dichosos los que lloran, porque serán consolados. El llanto significa la tarea; la consolación, la recompensa. La muerte de un familiar va de la mano del consuelo del nacimiento de un hijo, por ejemplo. Verdadero consuelo será aquel por el que se da lo que nunca se perderá ya.

Son cada una de las bienaventuranzas *tarea* y *recompensa*: **Dichosos quienes tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados**. Hay un alimento y bebida que sacia para siempre: **Yo soy** -dijo Jesús- **el pan que ha bajado del cielo** (Jn 6,41). He aquí el pan adecuado al que tiene hambre. Desea también la bebida correspondiente: **En ti se halla la fuente de la vida** (Sal 35,10).

Los "misericordiosos" son los que se ponen en la piel del otro y actúan en consecuencia: dan de comer al que tiene hambre, etc: **Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos**.

Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios: "«nadie verá a Dios y seguirá viviendo», porque el Padre es inasequible; pero su amor, su bondad hacia los hombres y su omnipotencia llegan hasta conceder a los que lo aman el privilegio de ver a Dios... porque lo que es imposible para los hombres es posible para Dios" (San Ireneo, *haer*.4,20,5; ver en *Catecismo*, 1722): "a ellos se les prometió la visión de Dios. Y no sin motivo, pues allí están los ojos con que se ve a Dios. Hablando de ellos dice el apóstol Pablo: **Iluminados los ojos de vuestro corazón** (Ef 1,18). Al presente, motivo a la debilidad, esos ojos son iluminados por la fe; luego, ya vigorosos, serán iluminados por la realidad misma" (S. Agustín). Los "limpios de corazón" son los que aman, viven la actitud contraria a lo que entendemos cuando hablamos de fariseísmo.

Hay que entender a "los que trabajan por la paz" como aquellos que trabajan positivamente por la paz, entendida como la plenitud de vida que Dios quiere para todos los hombres.

El resto del sermón de la montaña y todo el evangelio de Mateo irán concretando esta proclamación. Son palabras revolucionarias, un radical trueque de los valores en los que se inspira la mentalidad corriente: la de los tiempos de Jesús no menos que la de nuestros tiempos. Efectivamente, la gente ha creído siempre mucho en el dinero, en el poder en sus varias formas, en los placeres sensuales, en la victoria sobre el otro a cualquier precio, en el éxito y en el reconocimiento mundano. Se trata de "valores" que se sitúan, como aparece claramente, dentro del horizonte limitado de las realidades terrenas. Jesús rompe este círculo limitado y limitante: impulsa la visual sobre realidades que escapan a la comprobación de los sentidos, porque transcienden la materia y se colocan, más allá del tiempo en el ámbito de lo eterno. El habla de *reino de los cielos*, de *tierra prometida*, de *filiación divina*, de *recompensa celeste*, y en esta perspectiva afirma la preeminencia de la *pobreza en espíritu*, de la *mansedumbre*, de la *pureza de corazón*, del *hambre de justicia*, que se manifiesta no en la violencia, sino en soportar valientemente la *persecución* (Juan Pablo II).

Las bienaventuranzas no son otra cosa que la nueva realidad de los que han optado por Cristo. Algo que sucede después de haberse decidido por Jesús, lo que uno se va a encontrar en su vida después de dar un sí a Cristo. Ante las contrariedades, una voz le asegura: «No te desanimes. No eres ningún desgraciado. Todo lo contrario: eres un bienaventurado. Eres tú quien está construyendo el Reino y llegará un día en que esto aparezca con toda claridad». La perspectiva de futuro que Jesús introduce no es una evasión; es, sencillamente, la certeza que necesita el luchador de que su lucha no es una quimera, la certeza de que su lucha vale la pena porque efectivamente lleva a un término glorioso (J. Jeremias).

2. "**Buscad al Señor los humildes, que cumplís sus mandamientos; buscad la justicia, buscad la moderación, quizá podáis ocultaros el día de la ira del Señor".** En medio de la niebla espiritual existente por aquel entonces en Israel, en el s. VII a.C. aparece una luz, un movimiento de restauración política y religiosa (reforma de Josías y promulgación del Deuteronomio). La gran catástrofe que se cierne sobre Jerusalén ("Día de la Ira") será una idea dominante del profeta. El hombre ha de rendir cuenta a Dios, y por eso invita a la penitencia y conversión mientras hay tiempo: "el pueblo despreciable" va a ser aniquilado y el "pueblo humilde" buscando la justicia busca a Dios: **"Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde, que confiará en el nombre del Señor. El resto de Israel no cometerá maldades, ni dirá mentiras, ni se hallará en su boca una lengua embustera; pastarán y se tenderán sin sobresaltos**": el Resto de Israel, los que se escapan a la tentación de infidelidad a Dios, no sólo es algo que sucedió en la historia. En la persona de cada uno de nosotros se desarrolla el mismo drama. El amor de Dios manifestado en cada una de nuestras existencias es acogido y respondido en fidelidad por escasos sectores de nuestra persona.

"**El Señor hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos".** Son los indefensos: "dígase a una persona que se encuentra en algún aprieto: «Hay un varón poderoso que puede salvarte.» Al oír esto, sonríe, se alegra y recobra el ánimo. Pero si se le dice: «Dios te libra», se queda desesperanzado y como helado. ¡Te promete socorro un mortal, y te gozas; te lo promete el Inmortal, y te entristeces! ¡Ay de tales pensamientos!... Sólo en el Hijo del Hombre está la salvación; y en Él reside no porque sea Hijo del Hombre, sino porque es Hijo de Dios" (San Agustín). Cristo es el misterio, sacramento, **"el Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos".** Dichoso el que espera en el Señor, su Dios. Y a lo largo de toda su actividad terrena, el Señor percibió de una manera espontánea y vital los sentimientos contenidos en este salmo.

"El Señor sustenta al huérfano y a la viuda y trastorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente, tu Dios, Sión, de edad en edad". De ese reinado se sigue una verdad consoladora: no estamos abandonados a nosotros mismos; las vicisitudes de nuestra vida no se hallan bajo el dominio del caos o del hado; los acontecimientos no representan una mera sucesión de actos sin sentido ni meta.

3. "**Considerad vuestra llamada, hermanos**": palabras que "nos invitan a reflexionar sobre una dimensión fundamental de nuestra existencia: nuestra vida forma parte del designio amoroso de Dios. San Pablo es explícito a este respecto. Por tres veces, en la lectura de hoy, afirma que ***Dios ha elegido*** a cada uno de nosotros, de manera que ***somos en Cristo Jesús***, el cual ***se ha convertido para nosotros en sabiduría, justicia, santificación y redención***.

Este es, en efecto, el maravilloso mensaje de la fe: en los orígenes de nuestra vida hay un acto de amor de Dios, una elección eterna, libre y gratuita, mediante la cual, Él, al llamarnos a la existencia, ha hecho de cada uno de nosotros su interlocutor: "La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios" (*Gaudim et Spes*,19).

Llucià Pou Sabaté